

sobre cómo han sido obtenidos los datos del estudio, saber si el autor trabajó solo o en equipo. Y si lo hizo en equipo, cuáles fueron las directrices, si existieron, que permitieron intentar dar una sensación de uniformidad al trabajo. Tal vez, a una ausencia de estas directrices se deban los distintos criterios a que responden los dibujos presentados. Se observan en ellos distintas maneras de representar la realidad: diferentes modos de emplear las sombras, distinto nivel de detalle, etc. ¿Son los dibujos de un solo autor, o de varios? Hay que añadir además que, a excepción de los mapas —que resultan oportunos y claros—, los dibujos carecen por completo de escala gráfica. Esto impide llegar a una perfecta comprensión del objeto visualizado.

Otro punto que podría mejorarse es el capítulo referido al espacio físico. Son seis páginas que tratan de describirnos la zona, pero, como suele ocurrir no pocas veces, acaban por convertirse en una cascada de datos que no se insertan fácilmente en el discurso general del texto. Más se parece a un ejercicio de erudición, sobre un tema que hubiera que saberse, que a algo pertinente. Lo más probable es que al lector que quiera saber sobre arquitectura sanabresa no le interese en absoluto el lugar de nacimiento y la trayectoria de cada uno de los ríos de Sanabria, por poner un caso.

Si en el capítulo anterior sobran datos, ahora se echa en falta algún dibujo de las plantas de los pueblos, así como su perfil. Ello nos permitiría detectar, por ejemplo, las intrusiones modernas en el casco tradicional. En su lugar, todo lo que se nos ofrece son unas fotografías panorámicas, bastante poco útiles, de varias poblaciones. Esta ausencia resulta más incomprensible aún si tenemos en cuenta que éste es un libro en el que los aspectos gráficos tienen un peso importante. También se echa de menos alguna referencia a las rejas de la zona. Si se describen minuciosamente, en un intento de descripción de la realidad completa, elementos como postigos de madera o cerraduras, no se alcanza a comprender por qué se discrimina la rejería. Sólo se acerca el autor a las rejas cuando nos describe los balcones, algunos de los cuales presentan trabajo de herrería.

Se puede también llamar la atención sobre la extendida idea, no exclusiva del autor, de que todo tiempo pasado fue mejor. Sin haber quedado explicitado en ningún momento, detrás de su discurso se entrevé, a través de los calificativos que emplea (por ejemplo, pp. 131 y 132), un ensalzamiento de lo que él entiende como tradicional, denostando las elaboraciones culturales presentes.

No obstante, estos ligeros comentarios no ensombrecen una obra de calidad, con abundante documentación gráfica, y en la que se hace un buen análisis de la casa tradicional sanabresa ¹.—LUIS BENÍTEZ DE LUGO ENRICH.

Malestar cultural y conflicto en la sociedad madrileña. II Jornadas de Antropología de Madrid (Madrid: Comunidad de Madrid. Consejería de Integración Social. Asociación Madrileña de Antropología, 1991), 544 pp.

Las Segundas Jornadas de Antropología de Madrid, organizadas por la Asociación Madrileña de Antropología, tuvieron lugar en la capital de España del 4 al 7 de octubre

¹ Otro estudio del autor sobre el tema puede encontrarse en J. M. ALONSO GONZÁLEZ, «Arquitectura popular en el Parque Natural del Lago de Sanabria», *Etnografía Española*, 8 (1992), 133-190.

de 1988, con la colaboración del Museo Nacional de Etnología. La Comunidad de Madrid, a través de su Consejería de Integración Social, se encargó de la publicación de los trabajos desarrollados en aquella ocasión.

Las intervenciones se dividieron en ocho ponencias que aglutinan un total de 29 comunicaciones de muy diversa extensión e interés. La Conferencia inaugural corrió a cargo de David D. Laitin, de la Universidad de Chicago, siendo las palabras de apertura de Tomás Calvo Buezas, a la sazón presidente de la A. M. A.

No es necesario repetir que una publicación de este talante, fruto del trabajo de distintos investigadores que se dedican a diversas áreas de la disciplina antropológica, debe por fuerza arrojar unos resultados desiguales. Esta característica, común a todo trabajo de este tipo, se acentúa en esta ocasión por recoger el libro estudios debidos a antropólogos, politólogos, sociólogos, periodistas y hasta escritores en el sentido más general del término. Por otra parte, el tema central de las jornadas, el malestar cultural y el conflicto en la sociedad madrileña, no siempre figura como punto de referencia en las comunicaciones presentadas, por lo que se desdibuja el objetivo propuesto.

La primera ponencia, coordinada por José Luis García, está dedicada al desarrollo de un marco teórico y antropológico para el análisis de la actual cultura urbana. De ella destaca en primer lugar la aportación de Juan J. Pujadas, que recoge los trabajos más importantes realizados en España sobre Antropología urbana; su relación puede calificarse de exhaustiva, dando también razón del contenido de muchas de las publicaciones. Tal vez sea el trabajo más útil de todo el libro, al menos para el investigador que se inicia en este campo, y desde luego refleja una continuada labor de recogida de datos que se ha desarrollado durante años. De gran interés es también la comunicación de María Cátedra acerca de las técnicas cualitativas en la Antropología urbana, que recoge las más utilizadas líneas de investigación por los antropólogos de lo urbano y diseñando claramente la actitud a seguir en el trabajo de campo en la ciudad. El barrio, los grupos étnicos, los subgrupos profesionales y la ciudad como contexto se perfilan como los objetos de estudio más explotados. Cierra esta primera sesión el trabajo de Francisco Cruces y Ángel Díaz de Rada sobre el lugar social del antropólogo que se mueve en el contexto urbano; en la ciudad, el papel del investigador que hace su trabajo de campo es muy diferente del que ejerce en un entorno rural, ya que la urbe no tiene sitio para el forastero. La inexistencia de una frontera intercultural entre informante y antropólogo obliga a éste a elaborar una metodología nueva que replantee esta interacción.

Fermín del Pino fue el responsable de la segunda sesión, dedicada a la valoración antropológica de la obra literaria. Aquí se recogen tres interesantes aportaciones de otros tantos escritores que se centran en el análisis de la obra de tres grandes del 98: Baroja, Azorín y Valle Inclán. La visión que del pueblo madrileño tienen estos autores protagoniza los trabajos: el submundo de Baroja, la melancólica evocación del cambiante Azorín y la degradación urbana que percibe Valle pasan por las plumas de los autores de las comunicaciones: Soledad Puértolas, Antonio Martínez Sarrión y J. A. Gómez Marín, respectivamente.

Se inicia la tercera ponencia, coordinada por María Ángeles Díaz, con el trabajo de Francisco Sánchez acerca de los conflictos laborales en el Madrid del franquismo y de la transición. Se trata de un listado de huelgas y conflictos en los que se echa de menos un análisis no ya antropológico, que no existe, sino incluso histórico. La meritoria labor de documentación de unos hechos tan poco estudiados se ve contrarrestada por la deficiente redacción, y resulta cuando menos chocante la omisión de los conflictos posteriores a 1982 bajo la justificación de que son «sectoriales». El siguiente trabajo dentro de esta

tercera ponencia —que se dedica genéricamente a los conflictos sociales en Madrid— es el debido a José M. Astorkia bajo el título de «El espacio de los conflictos civiles en la sociedad madrileña actual (Génesis de una transición hacia el malestar urbano)». Hace un estudio de la génesis del Gran Madrid y su corona metropolitana, cuyos puntales son la falta de urbanismo y la especulación; aborda el nacimiento de la sociedad civil madrileña, a veces imbricada con los movimientos vecinales de la época y a veces asfixiada por los mismos. La nueva dinámica individualista de la sociedad ha favorecido el alejamiento entre ésta, más preocupada por el mantenimiento de su sistema de valores, y los movimientos asociativos.

La aportación de Francisco Entrena consiste en una reflexión intencionada sobre la evidencia de que Madrid funciona como escenario de las representaciones simbólicas que son las manifestaciones de conflictos no madrileños, sino foráneos o estatales. Se cierra esta tercera sesión con el trabajo de Felipe Hernando sobre las áreas conflictivas de Madrid, basado en las estadísticas policiales, que muestra una concentración del delito en los barrios céntricos con importante comercio y población de clase media.

Tal vez la sesión que ahora está de más actualidad es la que coordinaron Tomás Calvo Buezas y Eugenia Ramírez sobre los grupos étnicos que hacen de Madrid una sociedad plural. Este es un tema que está de moda entre los antropólogos y ya en 1988 había algunos equipos trabajando sobre él. Hispanoamericanos, musulmanes y filipinos son el grueso de la inmigración que llega a Madrid, y con ellos trabajó el colectivo IOE en la comunicación presentada por Carlos Pereda. Sobre refugiados políticos habla Ildefonso Gutiérrez, y sobre el proceso de desorganización social que supone el choque cultural de un asentamiento que preferentemente se concibe como temporal. Frente a la discriminación de que son objeto otros colectivos, los chinos, como demuestra Joaquín Beltrán, son una minoría aceptada y aparentemente integrada, lo que se debería, según el autor a que siempre ocupan nichos laborales específicos (lavanderías en Estados Unidos, restaurantes en otros países) que no entran en competencia con los autóctonos.

El propio Calvo Bueza cierra la sesión con su trabajo sobre la imagen de los gitanos en profesores y alumnos. Por un lado se percibe la inexistencia de la comunidad gitana y de los conflictos raciales y de xenofobia en nuestros textos escolares, y por otro se constata en profesores y alumnos (habría que escuchar también a los padres) una actitud crítica, cuando no rechazo, hacia determinadas minorías, especialmente la gitana, pero también la musulmana o la de raza negra.

La quinta ponencia se centra en el análisis del conflicto en relación con instituciones públicas, cuyo responsable es Carlos Caravantes. En ella se recoge en primer lugar el interesante estudio de Miguel López Coira sobre el conflicto existente entre la institución penitenciaria —organización formal— y la subcultura carcelaria —organización informal— que se desarrolla dentro de ella, repetición a su vez de la subcultura delincuente que existe fuera de la prisión, pero adaptada a ésta. El sistema penitenciario español es incapaz de cumplir su función reinsertadora, pero, según el autor, hasta ahora carece de una alternativa viable. José Parra, por su parte, dedica su esfuerzo al estudio de la institución total que es la Iglesia española, mediante la metodología del «análisis institucional», que entiende a la institución como un sistema de relaciones sociales y trata de descubrir las fuerzas sociales presentes, así como las relaciones que individuos y grupos mantienen con la institución. Tras el Vaticano II, la Iglesia se abre a la modernidad, y las concepciones de cristianismo se diversifican (segmentaridad), facilitando la aparición de distintos grupos sociales y culturales (transversalidad) y apareciendo el conflicto entre lo instituido (concepción tradicional y unitaria) y lo instituyente (concepción nueva, plural

y de praxis); el conflicto se plantea en lo doctrinal, en lo ritual y en lo organizacional. Ante el riesgo de su propia disolución, percibido por la Iglesia, en los ochenta se ha producido un repliegue sobre la tradición que lleva el camino de convertir a la institución eclesial en un «ghetto».

Los artículos de José Luis Anta y Begonia Enguix sobre la institución total en conflicto con la sociedad, y sobre la desviación y la norma respectivamente, son en cierto modo complementarios, pues abordan temas paralelos: las normas sociales buscan la universalidad, ser respetadas por todos; por ello, el individuo transgresor es apartado con el objeto de ser «reeducado» por la institución total. González Uceta cierra esta sesión con su aproximación antropológica a la conflictividad escolar, que percibe a la comunidad escolar entendida como contraposición autoridad/alumnos. La autoridad escolar dispone de medios coercitivos —que a la vez evidencian la crisis del sistema— para lograr interiorizar su cultura en los alumnos, funcionando como una miniatura de la sociedad.

Instituciones y vida cotidiana es el epígrafe que engloba los trabajos de la sexta ponencia, cuya coordinadora es Aurora Marquina. En ella se plasma el trabajo de Pilar Jimeno acerca de los procesos de cambio operados en los pueblos de la sierra madrileña; en éstos la organización social tradicional ha estado basada en unas relaciones de poder y dependencia de tipo caciquil. El turismo de segunda residencia ha operado profundas transformaciones sociales y políticas a las que el cacicato ha ido adaptándose y las relaciones vecinos/turistas van normalizándose sobre todo en aquellos pueblos mejor dotados de infraestructuras. Para Agustín Izquierdo, que es el autor de la siguiente comunicación, la organización religiosa de los Testigos de Jehová se basa en un ejercicio de dominación que se despliega por medio del ritual para lograr la internalización de las creencias en el individuo. La aportación de Roberto Fernández, que cierra esta sesión, plantea el tema de la devoción en Colmenar Viejo, subrayando la apropiación que los fieles hacen de las imágenes que la Iglesia pone a su disposición, y desecha el término de religiosidad popular para hablar más bien de «religiosidad local».

Los jóvenes son los protagonistas de la penúltima sesión, dirigida por Esperanza Molina. Aquí nos encontramos con el trabajo de Juan C. Hortelano sobre los jóvenes madrileños y sus puntos de encuentro en el distrito de Moncloa. Según estén adscritos a una u otra «tribu urbana», los jóvenes se apropian de uno u otro espacio del barrio; el autor emplea el término tribu en su sentido más antropológico, estableciendo incluso una equivalencia entre la tribu de la sociedad pre-industrial y la urbana. La vida y la muerte, su imagen viva en el ruedo, son al parecer los elementos que atraen cada vez a más jóvenes hacia el mundo de los toros; esto es, al menos, lo que afirma Rafael Pérez en el siguiente artículo. La creciente influencia de la jerga y la estética taurinas en la vida cotidiana es también interpretada como síntoma del avance de la afición. Con todo, esta moda parece de corta duración debido a la enorme oferta cultural de la ciudad. El último trabajo de la ponencia es el de Carlos Lles acerca de la apropiación que de los espacios públicos hacen los jóvenes de la periferia madrileña, imponiendo su ley y generando un sentimiento de inseguridad entre los que sí están integrados en el sistema. En la periferia de la ciudad —término tanto geográfico como económico— el joven hace su propia distribución del espacio, prefiriendo la estructura informal del espacio abierto frente a la propuesta de espacio cerrado que crean los poderes públicos. El esquema es de una excesiva simplicidad, pues parece equiparar joven periférico a joven marginal y urbanita del centro a ciudadano integrado. No hay que olvidar que la política de atención al joven obtiene los mismos mediocres resultados en el centro

que en la periferia, y que otro tanto puede decirse de la mujer, la tercera edad, los niños, etc.

La octava sesión se reserva para las experiencias en otras autonomías, y corrió a cargo de Oriol Romaní. Se abre con la aportación de Josep M. Comelles, que analiza la evolución de dos disciplinas en España, la Psiquiatría y la Antropología, en su relación con el Estado. La Psiquiatría se debate ahora en un modelo dual asistencialista/clínico que es la consecuencia de la división de la profesión desde los años treinta, mientras la Antropología aún precisa fundamentar su institucionalización y hacerse interesante al Estado con objeto de crear un mercado de trabajo profesional fuera de la docencia, lo que pasa por la discusión del modelo clásico.

El artículo de Juan Serna que aparece a continuación es, probablemente, el que menos relación tiene con el título de las Jornadas; expone la experiencia de una empresa dedicada a la agricultura biológica (o alternativa) en Extremadura, formada por jóvenes procedentes de distintas áreas del empleo rural como de la Universidad. El libro se cierra con dos aportaciones de la comunidad catalana: la primera, debida a Baltasar Ballester, se centra en una pequeña comunidad tarraconense para analizar la división en dos facciones en que se halla la sociedad catalana. El autor concluye que la división se da entre catalanistas y «españolistas», y que el catalizador de la misma es la inmigración de otras zonas de España. La segunda de estas comunicaciones se debe a Celso Loureiro y Ana M. Sánchez y plantea la defensa de los festejos con toros en Cataluña. Uno de los problemas que plantean los nacionalismos es la tendencia a una visión maniquea del mundo, por la cual es percibido como «bueno» todo lo propio o autóctono, mientras lo que viene de fuera —especialmente si procede de la nación rival/adversaria/sojuzgadora— es necesariamente malo. En Cataluña ocurre algo de esto con el tema taurino: una parte de la sociedad interpreta este festejo como parte del «legado cultural» de la España franquista/tercermundista y a esta visión responde en última instancia la restricción legislativa hecha por la Generalitat, afanosa por alinearse con Europa, y también la oposición de grupos ecologistas o defensores de los animales. Por otro lado, ciertos elementos nacionalistas, en los que se incluyen científicos sociales que piensan como los autores del artículo, tratan de demostrar la catalanidad (y por tanto la bondad) del sacrificio de toros en las fiestas municipales. Y es curioso que el mismo argumento (la defensa de lo autóctono frente a lo foráneo) sirva a ambas facciones en la defensa de posturas irreconciliables, y no sólo eso, sino que el nacionalismo catalán que defiende sus «corre-bous» actúa mano a mano con el nacionalismo español que defiende sus «corridos» frente a las pretensiones restrictivas de la CEE, dándose así una extraña y, desde luego, involuntaria convergencia de dos visiones contrapuestas de España en la defensa de lo indefendible.—JUAN MANUEL VALADÉS SIERRA.

SOTELO, Olegario: *Antropoloxía cultural da Terra de Caldelas*, I y II (Santiago de Compostela: Sotelo Blanco Ediciones, 1992), 523 y 683 pp. + video con el mismo título, 35 minutos.

En este libro, Olegario Sotelo Blanco sigue la mejor tradición etnográfica de los grandes autores gallegos de la generación de V. Risco, X. Lorenzo, F. Bouza Brey, A. Fraguas y Fraguas, y la del Seminario de Estudios Galegos¹. No se pierde en teorías

¹ M. MANDIANES, «Folclore, etnografía y etnología en Galicia», en A. Aguirre (ed.), *Historia de la antropología española* (Barcelona: Boixareu, 1992), 57-71.